

Emilio Trigueros

Ritmo y temblor



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Ritmo y temblor
Emilio Trigueros

Primera edición: enero de 2022

© Emilio Trigueros
© de la cubierta, Ángel Bravo Cuevas
Edición © La Umbría y la Solana, 2021
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid
info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la Colección Abierta: Enrique Andrés Ruiz
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-124729-0-5
Depósito legal: M-1481-2022

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

<i>Uno, azul</i>	9
Bahía	15
<i>Dos, dudas</i>	83
Historia	89
<i>Tres, ultramar</i>	198
Tiempo	207
<i>Cuatro, final</i>	301
Compás	315

Siempre he querido escribir esta historia, que tú nunca oírás de mis labios.

Hace ya tanto tiempo del principio. De noche, los pescadores arrojaban sus redes en las sombras del mar orientándose con las constelaciones. Eran hombres rudos, moldeados por la brea, los desollones y las esperas sin esperanza, que asumían que su manera de ganarse la vida con sus manos era tan inalterable como la ubicación de la Estrella Polar. Si sus rostros curtidos rumiaban un rencor opaco, o si se daban por satisfechos con no pasar hambre, era imposible saberlo. Por un mal gesto en la taberna, transitaban en un momento de la calma a la furia, de acariciar el entrecejo de un perro vagabundo a enzarzarse en bravuconadas.

Las mujeres se cruzaban con ellos en la lonja en cada amanecer; pegaban la hebra entre ellas mientras limpiaban el pescado; criaban a los chicos a sus faldas; vigilaban el fuego en los peroles; cosían las redes; aprovechaban retales para remendar la ropa y se desplomaban rendidas al final de la jornada sobre un jergón, abrazadas al miedo a una ausencia, quizás.

Y nada había que ellas pudieran llamar suyo, salvo el viento y la risa (su risa que era como una canción; su voz, como un arroyo en primavera).

La gran mayoría de los habitantes de Bahía Mercedes no habían salido jamás del pueblo, ni siquiera para cruzar

al otro lado de la Sierra de las Lágrimas, por cuyos cerros salía la luna en verano. Los pescadores echaban las redes allí donde sus padres se lo habían enseñado de chavales, en los mismos sitios en los que ellos algún día ordenarían a sus hijos que lo hiciesen, pues estaban seguros de poseer una certeza parca sobre los caprichos de las corrientes que transmitir a sus familiares.

Todo cambió desde el desembarco de los ingleses. Los vecinos jamás habían visto uniformes así: cascos pulidos, chalecos macizos, pantalones de un gris térreo, botas con clavos. Parecían seres biónicos de barro saliendo del mar.

Los buques británicos de guerra habían fondeado al este de la costa; cientos de lanchas con grupos de unos veinte hombres abordaron en minutos una ancha franja de costa, desde la Cruz del Sur hasta Bahía Mercedes. Los hombres de barro saltaban a la arena sigilosos (el rifle al pecho, la vista al frente) y conocían a la perfección la ubicación de cada vivienda. Un estrépito de puertas echadas al suelo quebró el silencio del amanecer; pero los soldados no se detuvieron mucho antes de enfilear el camino de las colinas, donde se reunirían con los batallones que habían desembarcado por la Cruz del Sur. Siguieron avanzando rumbo hacia la capital.

Se rumoreaba que algunos pescadores habían guiado lanchas extranjeras de inspección en los meses anteriores, informando a sus tripulantes sobre el paso de barcos mercantes o sobre el calado de la costa. Tal vez fuesen tan solo habladurías; lo que sí sucedió, tiempo después del desembarco, fue que dos pescadores veteranos, uno de ellos de los más populares y otro de carácter más adusto y cerrado, fueron comprando poco a poco tierras a un rosario de due-

ños de baldíos en la proximidad de los esteros. Contrataron braceros de otras partes de la región y los pusieron a desbrozar malas hierbas, juncos secos y brezos, a remover el légamo y arar el mantillo polvoriento, donde plantaron girasoles, viñedos y algún olivo.

De muchos de esos sucesos solo guardan memoria los muy ancianos, quienes apenas los evocan ya ni siquiera entre ellos; y sería tan poco probable que se los quisieran contar al forastero como, de hecho, que un forastero pretendiera indagar, a estas alturas, sobre ello (menos aún un escritor tardío como yo: tanto se ha instalado la idea de que el pasado no importa, ni puede enseñarnos nada ante un presente en fuga acelerada).

El mejor archivo de noticias de esos años estaba custodiado en unas cajas de embalaje arrumbadas en una habitación del piso de protección oficial al que se trasladó a vivir el farero de Bahía Mercedes con su mujer, tras las inundaciones de septiembre de 1993, que anegaron en una riada de limo la calle Real. Al farero lo apodaban en el pueblo *el Astrónomo*, un nombre que le casaba bien a aquel vigilante metódico de las noches del mar, a quien las muchas horas de soledad en el faro le hacían ver la realidad como desde una altura calmada y abstraída.

El Astrónomo tenía una pasión irredimible por los aparatos de telecomunicaciones y por cualquier medio de noticias, entre ellos el periódico regional, cuya suscripción le llegaba los lunes junto con los números de la semana anterior atrasados. Del farero que precedió al Astrónomo había sido la primera radio que se escuchó en el pueblo en los años treinta, cuando los rumores sobre aquel apar-

to prodigioso se mezclaban con los celos del sacerdote, que en aquella época cumplía las funciones simultáneas de predicador religioso, consejero familiar y componedor de cualquier arreglo que hiciera falta revestir de un aura indisputable. Pronto llegó el mismo invento a algunas otras casas y se convirtió en cotidiano que los vecinos se juntaran por afinidades en las ocasiones en que un suceso de la nación amenazase con quebrantar el pulso rutinario de sus existencias.

Muchos de los aparatos históricos de comunicaciones que guardaba el Astrónomo los dejó inservibles la inundación. Había sido él quien recibió de los servicios de Protección Civil la alerta de que las lluvias estaban a punto de desbordar la torrentera: apenas le alcanzó el tiempo para avisar al cura de que redoblaran las campanas de la iglesia y para refugiarse él mismo en la casa de aquel en el barrio alto, a la que llegó arrastrando un maletón cuarteado con libros, mapas y recortes de prensa.

En algo tiene que matar un farero la soledad de la noche y estaba claro cómo lo había hecho el Astrónomo: leyendo infinitos libros, revistas y periódicos; subrayándolos, anotándolos y clasificándolos. Las noticias recortadas que guardaba en carpetas de escolar reconstruían la historia de Bahía Mercedes desde la inauguración de una fundición metalúrgica en la Cruz del Sur a finales de los cincuenta hasta el reportaje sobre la ballena azul que apareció varada en la playa, agonizante, el mismo verano de la inundación. En los márgenes de las noticias, el Astrónomo anotaba en lápiz un código de interrogantes, flechas y signos de exclamación; a veces escribía en el margen un par de palabras, o una cita.

Igual que en el agua embalsada de la memoria se apaci-

guan las turbulencias de los recuerdos, cercanos y remotos; igual que el silencio que yo guardé en una noche de treinta años atrás se mezcla, remansado, con este silencio del presente; así decantaban los papeles del Astrónomo una esencia del pasado disperso.

Cada vez que se pasa una hora en los recuerdos, se hace imposible no reescribir sus páginas; sí, lo sé.

bahía

Léelo despacio, por favor. Sobre el mar líquido se ha formado, simétricamente, otro mar de nubes plumizas: una colcha de vellones que ahora van, con el alba, desgajándose. Sobre el azogue espejado del Mediterráneo, el cielo se va tornando cárdeno, malva; luego, franjas añil y rosa se difuminan por levante. Las olas baten despacio. Hemos venido a ver amanecer, tras perseguir los sueños de la noche. Más allá de los campos de batalla sangrientos y que, antes o después, serán arados; donde la poesía muere el polvo ante las sombras y sin embargo sigue latiendo; Ritmo toca.

No se da importancia. Como no se la da el sol cuando desteje nubes blanquecinas, que va tiñendo de oro. El temblor de la luz llena de cielo el espacio. Se deslían el blanco y el azul. Ritmo afina una clavija y sigue tocando; mientras lo haga, por qué volver a casa.

Es el hijo pequeño del carpintero de Bahía Mercedes; que los primeros sonidos que oyera desde su cuna fuesen de martillos y serruchos tal vez ayudara a que su don se manifestase. Tenía que ser congénita, en cambio, por única, la manera en la que su mano derecha dejaba en suspenso toda tensión entre el sonido y el silencio sobre las cuerdas, o entre los hechos y el corazón. Desde siempre lo recuerdo esbozando las canciones y parando las cuerdas luego de pronto, como para dejar que los ecos convivieran en continuaciones

posibles. Sonreía al terminar de tocar, contento como un niño que ha logrado descifrar el mecanismo de un juego.

Hubo noches cuyo recuerdo el paso del tiempo ha revestido de un aura memorable y que entonces tan solo pasaban porque sí. En una ocasión, nos quedamos hablando Ritmo, su hermano Diego y yo con los chavales que atendían el puesto de la tómbola, durante la feria de agosto. El tío de uno de los chicos tocaba la guitarra y, esa madrugada y las que siguieron, acabamos uniéndonos a la farra de fino y baile que montaba la familia de tomboleros tras cerrar el puesto. En la exaltación del vino y las risas, nos sentíamos elegidos por el azar para un ritual con el que transgredir los límites de nuestro pequeño confin del planeta. Cada vez que el tío de la guitarra, un tipo campechano que apenas debía de saber leer y escribir, destapaba su gracejo, nos dejaba expresiones y anécdotas con las que nos seguiríamos carcajeando durante el invierno hasta hartarnos de repetir las.

Las horas de la *madrugá* se disolvían como azucarillos en las manecillas de los relojes, tintineaban las estrellas, resonaban cajones y tacones, se batían palmas al rumor del oleaje y resonaba por el cielo un cante que derramaba a chorros el arte de vivir sobre nuestra adolescencia. Pronto invitaron los tomboleros a Ritmo a que tocara con ellos. Él adoptaba un aire esquivo característico al tocar en esos momentos de agasajo. A la vez, sin embargo, se dejaba querer y por momentos la zambra lo arrastraba como si fuera uno más de los feriantes. Su hermano Diego se mantenía a distancia en esas ocasiones, pues no probaba ni una gota de alcohol y era consciente de que le correspondería a él llevar a Ritmo a su casa y encubrirlo ante sus padres, llegado el

caso, poniéndolo en pijama y acostándolo. Hubo otra feria en la que, a las tantas de la noche, después de entrar por la trasera del taller de carpintería en la casa, apoyado en su hermano, Ritmo pisó mal y al enderezarse se dio de bruces contra una estantería con herramientas, que cayeron al suelo estrepitosamente; luego no le dio tiempo a alcanzar el baño y se dobló vomitando en medio del salón. Para ese momento su padre, despertado por las arcadas, vociferaba iracundo una ristra de insultos a su espalda. Ritmo logró mantenerse en pie en un arranque de dignidad; aguantó rayos, truenos, sapos y culebras con la mirada perdida; y, al final, según nos contó Diego, replicó: «no se pide perdón por abrazar el mundo». Su padre lo tiró al suelo del empujón que le dio acogotándolo contra la pared; después llegó la madre, amansó al padre y se llevó al hijo a la cama.

Ritmo tardó un mes en volver a hablar a su padre y lo mismo en coger una guitarra.

El profesor Kafka sostenía que es imposible, además de inútil, reconstruir el pasado; que quien pretende hacerlo, aun provisto de las mejores intenciones, no realiza sino un ejercicio de sumisión al poder dominante en el presente. Y no obstante él mismo daba clase en la escuela de escritura...

Por aquellos tiempos empezó a interesarse el Inglés por escuchar a Ritmo, tal vez de vuelta de la taberna donde encontraba exótico compartir carajillos de manzanilla con los pescadores del pueblo. El Inglés vivía aislado como un ermitaño en una casucha que había rehabilitado en un cerro por el camino de la sierra; nadie sabía demasiado de él. Su aspecto descuidado —greñas grasientas, a los lados de una

raya torcida, ojos inexpresivos— y su carácter solitario seguramente fomentaban las habladurías que circulaban sobre él: que cómo podía ser que no se lo hubiese visto jamás comprando comida en el colmado; que si era hijo de una familia de Gibraltar que lo había repudiado por un motivo oscuro; que si era un informante de la base americana; que si... La verdad era, por supuesto, más prosaica.

El Inglés se había criado en las minas de zinc que explotaban sus compatriotas al otro lado de la sierra y de las que su padre era entonces director; había crecido en el poblado colonial donde se reproducía hasta el menor detalle de las viviendas inglesas, desde los barrotes blancos de los cristales hasta los cuadros de la campiña, desde el mobiliario de caoba hasta los pasamanos de las escaleras. El entorno del poblado se adecuaba para que los habitantes mantuvieran sus costumbres patrióticas: parques con bancos, campos de deportes y una iglesia en cuyo coro el Inglés aprendió a tocar el órgano y el piano bajo los auspicios del melómano pastor anglicano.

Nada más natural que el hecho de que, aquella mañana en que el Inglés escuchó a Ritmo afinando una guitarra en la plaza, percibiera enseguida sus extraordinarias dotes naturales y que se propusiera convertirlo en su discípulo: empezó por ofrecerle lecciones particulares en su casa.

No cada día volvía Ritmo entusiasmado con las clases en casa del Inglés, que lo obligaba a copiar definiciones y a anotar en papel pautado las armonizaciones que debía practicar.

—¿Y entonces por qué vas, si no te gusta? —le preguntaba alguien.

—Porque sabe algo de la música que yo no sé —res-

pondía Ritmo—. Y lo tengo que descubrir, aunque no tenga nada que ver con lo que me cuenta.

El Inglés pasaba semanas completamente retirado en su casona perdida; también regresaba a pasar temporadas a su país. Según nos contaba Ritmo, el Inglés tenía en el salón de su casa un piano de cola, un violonchelo, varias guitarras eléctricas y un tocadiscos en el que nuestro avanzado amigo escuchó por primera vez músicas extranjeras que entonces resonaban fabulosas en nuestra imaginación: el punk, el rock progresivo, Pink Floyd. El Inglés se convirtió en el primer admirador de Ritmo. Le regaló una bicicleta antigua para que le fuese más fácil desplazarse a su casa; y cuando se lo encontraba de pronto por la calle de regreso tras una temporada en su país, el Inglés lo abrazaba con un saludo histriónico, que Ritmo procuraba sortear embarazosamente, esquivando la perplejidad de cualquier vecino que estuviera presenciando la escena.

Hay personas que nacen con un don artístico y que, todavía en la plenitud de su juventud, recibirán un clamor de aplausos y saludarán su buena estrella desde el escenario de un teatro o un auditorio, quizás a los veintipocos años. Otros, en cambio, aun habiendo nacido con ese mismo don, jamás serán conocidos más que por un puñado de amigos, los cuales disfrutarán por medio de ellos de cómo el arte une, traspasa la piel, nutre en las venas el ansia de estar intensamente en este mundo.

Cualquiera de los que lo conocíamos teníamos la certeza de que Ritmo pertenecía al primer grupo, al de los elegidos, puede ser que cegados por la cercanía o por nuestra completa ignorancia de las reglas del éxito —aquellas que, mucho tiempo después, me resumiría así el propio Ritmo:

«Es muy fácil, Juan: el éxito es algo que te dan definido otros». Ritmo se comportaba, en cambio, como si no tuviera la menor intención de abandonar el grupo de los segundos, y eso era lo que dotaba su música de una calidez tan cercana y desinteresada. No había en él, al menos cuando empezó, agonías o bloqueos, obsesiones de perfección, tensiones creativas, ni siquiera necesidad de atraer. La música era lo bueno que le había sido dado a él descubrir, simplemente.

Resulta difícil no idealizar aquellos años en que teníamos tanta fuerza para soñar. La primera vez que nos llegó, en uno de esos periódicos que recibía el Astrónomo, la reseña de su primer concierto en Madrid, adonde se marchó con diecinueve años, a muchos se nos puso la piel de gallina. Creíamos que todo estaba a punto de empezar y que antes o después encontraríamos cada uno destinos tan grandiosos como el de Ritmo, que ya había empezado a cumplir el vaticinio algo cursi que le hiciera el Inglés:

— Si sigues tocando así, un día tu música suspenderá el tiempo.